

de ser un buen rey. — Á lo ménos no es ambicioso, ni propende á abusar del poder real : él les ha dicho á los belgas : « si Vds. creen que yo les convengo, aquí estoy para hacer cuanto pueda en favor de la nacion : si no acierto, ó Vds. se disgustan de mí, me lo dicen Vds. con franqueza, y me retiraré muy tranquilo y muy contento á la vida privada, que es mi mayor placer. » Cuando las Cámaras ó los Ministros le proponen algo, les contesta : « Vds. deben conocer lo que conviene al país mejor que yo ; digan Vds. lo que les parece mas útil, y aquello estoy pronto á sancionar. » Es el rey mas cortado para gobierno representativo que se conoce. Solo de un caso se cuenta en que se haya opuesto á una proposicion del gabinete. Por lo demas él se divierte en grande : se va á Lóndres y se pasa una temporada ; va á París y se pasa otra ; los veranos los suele entretener en el Palacio de Campo de LAEKEN ; encarga que si ocurre algo le avisen, y santas pascuas. En cuanto á naturalidad y franqueza no se diga : su palacio es mas accesible á cualquier ciudadano que la casa de un mediano particular. — Señor, bien decia yo, que el hermano Leopoldo tenia cara de campechanote y de bueno.

En esto nos volvimos á encontrar con nuestros dos compatriotas, que iban molidos de bregar con tanta gente para lograr ver la funcion. Comer, ir al teatro, y dormir, fué lo único que hicimos ya por aquel dia.

Waterloo.

Allá vamos nosotros también, lugar memorable, lugar de los sangrientos recuerdos. lugar de la grande hecatombe humana, lugar donde fué abatido el colosa de Europa ; allá vamos nosotros tambien á visitar esos afamados campos donde se dió la batalla mas reñida y mas importante de los modernos siglos.

Ya pasámos la bella floresta de *Soigne* ; ya estamos en Waterloo, á las cuatro leguas de Brusélas. El coche se para, nosotros salimos, y una mujer nos viene al encuentro. — Perdon, señores : ¿ Vds. son extranjeros ? — Sí, señora. — Pues si Vds. quieren visitar los lugares célebres de la villa, dénse Vds. la pena de seguirme. — Vamos, pues.

— Ved, señores, la casa donde estuvo alojado Wellington : esa de frente de la iglesia : ¿ queréis ver la iglesia ? — Con mucho gusto. — La rotonda ó *dome* del templo fué hecha por los españo-

les : el cuerpo ha sido reedificado despues : ¿ queréis ver los sepulcros del interior ? — Por supuesto. — Venid, pues, conmigo : llamaré al sacristan.

El sacristan era un jovencito de 94 años : venia apoyado en un báculo, y seguido de una turba de chiquillos, que se le acercaban, le rodeaban, le tentaban, le molestaban y sufocaban de mil modos. Cuando él se volvía y levantaba el báculo para castigarlos, ya los chicos estaban fuera de tiro ; apénas les volvía la espalda, ya los tenia encima otra vez ; y en este ejercicio le trajeron todo el tiempo, aun dentro de la iglesia misma ; gritando y riendo los muchachos jugueteros, rabiando y desesperando el decrepito anciano, que en todas partes los viejos y los niños parecen vaciados en una misma turquesa. Tirabeque decia que en aquella batalla le estaban dando tentaciones de unirse á las filas de los muchachos. — ¿ Veis, nos dijo la mujer, este viejo decrepito ? Pues es el rico avariento del país ; él está cocido en oro ; sin embargo, no hay que temer que entregue á otro las llaves de la iglesia cuando vienen á visitarla extranjeros, por la golosina del franco que espera recibir.

La avaricia del viejo era lo que ménos nos importaba á nosotros, y sí los sepuleros de mármol con inscripciones inglesas, flamencas, latinas y francesas que á todo lo largo del templo por ambos lados se leian. He aquí una de las que me quedaron mas presentes :

A LA MÉMOIRE DU GÉNÉRAL MAJOR BARON VAN-MERLEN,
TUÉ AU CHAMP D'HONNEUR LE 18 JUIN 1815
A LA TÊTE DE LA BRIGADE DE CAVALERIE LÉGÈRE BELGE N. I.
DANS CES CHAMPS BELLIQUEUX
OU SA VALEUR SUCCOMBE
SA GLOIRE ET NOS REGRETS
ENVIRONNENT SA TOMBE.

Salimos de la iglesia ; una sonrisa de alegría asomó á los labios del viejo (testigo ocular de la batalla á los 68 cumplidos) cuando divisó los dos francos que habian de acrecer su relleno bolsón, sin que en aquel momento se le diera un ardite por las molestias de la turba de pelones muchachuelos : y nosotros seguimos á la mujer.

— ¿ Veis, nos dijo esta, aquellos cuatro árboles que asoman sus copas por encima de esa primera casa ? Pues allí hay enter-

rados 400 guerreros. Seguidme otro poco. Aquí en este campo, aquí mismo al pié de este negrillo, está enterrada la pierna del general *Conde Uxbridge*: este sitio fué visitado en 1° de Octubre de 1821 por Jorge IV de Inglaterra, y en 1825 por el rey de Prusia acompañado de los tres príncipes sus hijos. — En efecto, le dije, lo estoy leyendo en este pequeño templete. — Ahora venid conmigo á esta casita.

Entrámos en la casa: nos recibió muy complidamente la señora, y llevándonos con mucho misterio á una pequeña habitacion. — Voy á tener, Sres., nos dijo, el honor de enseñaros un verdadero monumento de gloria; aquí le tenéis, estáis viendo la bota que llevaba puesta el general *conde Uxbridge* cuando se le cortó la pierna en este mismo sitio. Y nos puso á la vista una média bota vieja. — Aquí tenéis dos retratos del general; el uno me fué enviado por Madame su viuda con esta carta que podéis leer. En efecto era así. Pero á Tirabeque y al hermano Isidro les veía yo arrugar el ceño, y les oía decir entre sí: — ¿Y para ver un pedazo de bota vieja tanto misterio? No diera yo un ochavo por la alhaja; eso lo tendria algun zapatero remendon, y se lo ha cogido esta mujer, y ahora dice que es del general; ¿y qué nos importa á nosotros por un pedazo de bota del general? — Pues así como veis, ese pedazo de bota, les interrumpí yo, es un mayorazgo pingüe que posee esta familia; quién sabe los miles de francos que en el espacio de 26 años les habrá valido, y los que les valdrá todavía? — De modo, replicó Tirabeque, que si hay muchos como Vd.,.....; Socaliñas, añadió Isidro, como las que tienen estos extranjeros!

Propiné pues á la mujer de la bota, y á la otra mujer que nos llevó á ver la bota, y tomando otra vez el carruaje, seguimos hasta *Mont-Saint-Jean*, pequeña aldea casi á tiro de bala de Waterloo, y muy próxima al lugar del combate. Miétras el cochero se separó á buscarnos un guia, en un momento nos vimos cercados de hombres, mujeres y muchachos que acudieron á ofrecernos solícitos y á porfía, balas, botones, águilas, escarapelas, y otros chismes y despojos militares, que decían haber sido desenterrados del campo de batalla, y que por supuesto eran originales de los franceses que en ella perecieron. El hermano Anselmo y yo tomámos varias de aquellas prendas, al precio cada una de medio franco: al hermano Isidro y á Tirabeque se les iban los ojos viendo dar monedas de plata corriente por aquellas al parecer tan despreciables baratijas. — Señor, decia Pelegrin, Vd. se ha

vuelto tonto en Bélgica. Por ménos he oido yo tratar de brutos á los indios, que á lo ménos aquellos daban oro y diamantes por cuentas de cristal y otras cosas limpias y decentes, pero Vd. da la plata por unos botones y unas escarapelas llenas de hollin y de cardenillo. — Pues en eso cabalmente está su mérito, Pelegrin; en eso se conoce que realmente han sido exhumadas del campo de batalla. — ¿Y quién le dice á Vd. que no las habrán comprado á ochavo en cualquier almacén, y luego las habrán tenido enterradas dos ó tres meses en el corral de su casa, y ahora vienen y le dicen á Vd.: « *Monsieur, voilà unes águiles qui eran enterrées dans le campe del honneur?* » Desengañese Vd., señor, que para tener aguilas y carrilleras que traer todos los dias á los extranjeros por espacio de 26 años, era menester que hubieran muerto un millon de franceses; y aunque yo no sé cuánta gente murió en la tal batalla, pienso que no llegarían á tantos.

Probablemente sería muy exacta la observacion de mi lego, pero ello es que no se puede prescindir de traer algunas frioleras, sean ellas auténticas ó sean apócrifas, del campo de Waterloo.

El cochero regresó acompañado del guia, que era un inglés como un castillo.

Este inglés está allí competentemente autorizado y habilitado por su gobierno con el fin de que refiera y describa á los extranjeros las circunstancias de la batalla á su modo, es decir, del modo mas favorable á los ingleses. Aquí sí que se podia decir con Isidro: « ¡cosas tienen estos extranjeros!..... » Por supuesto que no hubiera venido á no saber ya por el conductor que éramos españoles: con los franceses no parte él peras; ya sabe que le fruncen un poco el ceño, ó que le despachan con un bufido.

Ea pues, ya estamos en aquel campo funestamente célebre, en aquel campo empapado con la sangre de los guerreros de toda Europa, en el campo en que acabó Napoleon. Tenemos á la vista tres monumentos que llaman de gloria: acerquémonos al que entre todos se levanta mas soberbio. Es una especie de pirámide redonda, hecha de la tierra que se ha escavado en derredor, y en cuya consecuencia han quedado algunos piés mas bajos y hondos los campos que le circundan.

Este monumento está erigido sobre el mismo sitio en que el príncipe de Orange pereció de un balazo en la espalda al tiempo de dar una carga á la cabeza de su regimiento con el sombrero en la mano. Sobre la cúspide de esta elevada pirámide y sobre un basamento de pilares sólidos, descansa un leon colosal de bronce,

con una garra apoyada en una enorme bola del mismo metal, con la otra sostenida en el aire, y con la cabeza vuelta hácia el Occidente, como amenazando á la Francia. En uno de sus frentes se lee : « *Le 18 juin 1815.* » Es extraño que subsista este monumento despues de los cambios que ha sufrido la política desde la revolucion de 1830.

Nosotros emprendimos la subida á la cima de aquella montaña de tierra, teniendo que hacer varios altos para tomar aliento, que no fuera obra poco ímproba el subir de una alentada sus 208 escalones, máxime para la pierna de Tirabeque, que se resentia ya demasiado, y le hacia dar á los diablos á los autores del monumento. Pero arribámos al fin, y aun tuvimos el gusto de trepar por la escalera de mano que allí hay siempre dispuesta, por el capricho y la satisfaccion de poder decir despues : « *hemos tocado el leon de Waterloo.* »

Desde la plataforma que se extiende en derredor del pedestal, se domina el campo todo en que se dió la famosa batalla que decidió la suerte de Europa, el sangriento combate en que fué vencido el vencedor del siglo, en que las fuerzas reunidas de todos los mejores guerreros europeos hicieron por último sucumbir al guerrero gigante. ¡Qué ideas tan grandes, pero qué ideas tan tristes al mismo tiempo se aglomeran en la imaginacion del hombre pensador en aquel sitio ! ¡Que la suerte de los hombres y de las naciones haya de depender de quien haga correr mas sangre humana en una batalla ! ¡ Sin embargo, á estos los llaman en el mundo héroes !

— Aquel, nos decia el inglés en un casi imperceptible chapurado, es el punto extremo donde llegó con su division Jerónimo Bonaparte. Aquel otro es el bosque de Bossu, donde sucumbió el príncipe de *Brunswick*. Allí del otro lado del camino de Genappe pereció *Sir Thomas Picton*, cargando á la cabeza del regimiento. Cerca de aquel sitio estáis viendo la tumba del coronel *Gordon* y el monumento de los *Hannoverianos*. Al pié de aquella pirámide está el terreno mismo de Mont-Saint-Jean, donde fué lo recio de la pelea ; allí fué donde por espacio de tres horas sufrimos los ingleses á pié firme y sin perder un palmo de terreno aquellas rudas cargas de caballería de los doce mil coraceros y dragones de *Kellermann* y de *Milhaud*. — Entónces sería, le dije yo, cuando Wellington, perseguido de cuadro en cuadro por la caballería de la guardia imperial, viendo el valor imposable con que sus soldados se dejaban acuchillar sin avanzar ni retirarse una línea, y

que habian perecido ya hasta diez mil, se puso á meditar, y con el reloj en la mano y las lágrimas en los ojos, dijo aquellas célebres palabras : « aun se necesitan dos horas de tiempo material para que perezcan todos , y dentro de una hora estará aquí *Blucher* con sus prusianos, y la victoria será nuestra : y en caso que *Blucher* falte detenido por *Grouchy*, ántes de las dos horas será noche y nos salvaremos. »

— ¡ Oh ! exclamó el inglés brusca y furiosamente, esas palabras son falsas ; el general no dijo tal cosa ; la victoria estaba ya decidida á nuestro favor cuando llegaron los prusianos. — Pues no es eso lo que refiere la historia, ni puede ser así, supuesto que cuando avanzó Napoleon y vió desembocar á los prusianos por la floresta de Frichermont, creyendo que era *Grouchy*, exclamó : « ¡ ah ! ya viene *Grouchy* ! nuestra es la victoria. » Que fué su último grito de esperanza, porque no era *Grouchy* sino *Blucher*, tan impacientemente esperado por Wellington, que con sus 50,000 prusianos y sus 123 piezas de artillería, atacó de refresco el flanco derecho de los franceses. Y entónces fué cuando animado Wellington, mandó un movimiento de avanzada, y los franceses viendo adelantarse por una parte los ingleses y por otra que la carretera de su retaguardia iba á ser forzada por los prusianos, abandonaron el campo de batalla, y procuraron salvarse por una retirada que luego se convirtió en desordenada y tumultuosa fuga. — ¡ Oh ! Vd. es apasionado de los franceses. — Yo no soy apasionado de los franceses ni de los ingleses ; yo recuerdo los hechos segun los he leído. — Los habrá Vd. leído en alguna historia francesa.

Á todo esto las contestaciones entre el inglés y yo eran el mas verdadero, completo y gracioso galimatías que se puede discurrir ; los dos hablábamos frances, pero el suyo era un inglés afrancesado, y el mio un frances con tintes de español, que si yo estropeaba la lengua del Telémaco, él la tronchaba y la magullaba que era una compasion ; y lo admirable era que nos entendiéramos.

Al ver como el guia se acaloraba conmigo cuando yo le replicaba algo, Isidro y Tirabeque me propusieron en español puro si queria que le echaran á rodar de la montaña abajo. Yo rechazé como debia su proposicion, y me contenté con contemplar en silencio aquellos lugares de sangrienta memoria. Y con arreglo á una descripcion de la batalla que yo llevaba en el bolsillo, — aquellas, decia yo, deben ser las casas de la Hâte-Sainte, tomadas y perdidas tres veces por *el valiente de los valientes*, el *infa-*

tigable mariscal *Ney*, que en estos tres ataques vió morir cinco caballos de los que montaba.

« En aquella pequeña eminencia sería donde sentado Napoleón y teniendo á su derecha al mariscal *Soult*, á su lado una botella de Burdeos, y en la mano un vaso de vino, en que de tiempo en tiempo humedecía maquinalmente los labios, viendo acercársele su hermano Jerónimo y el mariscal *Ney* cubiertos de polvo, de sudor y de sangre, se sonrió diciéndoles : « Así es como me gustan mis bravos. » Allí sería donde clavados siempre los ojos en la gran lucha, de que hasta entónces llevaba la ventaja, envió á buscar tres vasos á la casa de su guía *Lacoste*, uno para *Soult*, otro para *Ney*, y otro para el príncipe Jerónimo, remedo del *facciamus hic tria tabernacula* de la escritura, *tibi unum, Elie unum, Moisi unum*; y no habiéndose encontrado mas que dos, los llenó con su misma mano, y alargó uno á cada uno de los mariscales, dando despues el suyo á Jerónimo.

» Allí fué donde con el acento dulce que él sabía emplear en las ocasiones, le dijo á *Ney* tuteándole por la primera vez desde la vuelta de la isla de *Elba* : « *Ney*, mi bizarro *Ney*, vas á tomar los doce mil hombres de *Kellermann* y de *Milhaud*, y cuando se te reunan mis *grognaards*, darás una carga, y si viene *Grouchy*, la victoria será nuestra. »

» Aquella debe ser la *Bella- Alianza*, donde se reunieron *Wellington* y *Blucher* despues del combate. Mas adelante veo el sitio donde Napoleón hizo todo lo posible por morir, segun refieren los franceses. Yo me figuro estarle viendo con su uniforme verde y su cruz de oficial de la *Legion de Honor*, interponerse entre los batallones ingleses y las líneas francesas buscando la muerte, y me represento á su hermano Jerónimo tirándole por detras de la casaca; y me parece ver al bravo guerrero *Corso*, al general *Campi*, ponerse con impasible serenidad entre el emperador y las baterías enemigas para salvarle de la muerte con su cuerpo ó con su caballo. Y allí fué sin duda donde al cabo de tres horas de horrible matanza, se volvió el emperador á su hermano y le dijo : « Vamos, pues; parece que la muerte no me quiere todavía. Jerónimo, yo te doy el mando en jefe del ejército; siento haberte conocido tan tarde. » Y le tiende la mano, monta en un caballo que él le presentó, pasa como milagrosamente por medio del enemigo, llega á *Genappe*, se detiene unos momentos, intenta rehacer el ejército, y viendo inútiles sus tentativas, vuelve á montar á caballo, y llega á *Laon* en la noche del 19 al 20. Napo-

león y la Francia cayeron, la cuestion de Europa se decidió. Ni una piedra, ni una inscripcion hay que recuerde la Francia en aquellos campos donde pelearon encarnizadamente 200,000 guerreros con mas de 500 piezas de cañon. »

Despues de haberme saciado de contemplaciones y de recuerdos, bajámos de la montaña, entrámos en una casita que al pié de ella se ha erigido, donde se enseña una coleccion de armaduras y despojos cogidos en el campo de batalla : sentámos nuestros nombres en un libro, dejámos un franco por persona, volvimos á *Mont-Saint-Jean*, tomámos nuestra carretela, y á las siete de la noche estábamos de regreso en *Brusélas*.

—
GANTE.

El quantazo de Carlos V.

— ¿ Señor, y adónde vamos á parar desde aquí? me preguntó *Tirabeque* al siguiente dia. — Á *Flándes*, le dije. — ¿ Vamos á poner allí alguna pica, Señor? — Eso quedará de tu cargo en llegando allá. En efecto, á las dos horas y média ya estábamos en el hotel del *LEON DE ORO* de la capital de la *Flándes Oriental*, por supuesto despues de haber pasado por la consabida *MALINAS*.

Estamos, pues, en la tierra clásica de la agricultura, que dicen los belgas, aunque yo pienso encontrarla mas clásica todavía; si bien no les niego que está con esmero y con inteligencia cultivada; estamos en la tierra de los árboles frutales, de los sustanciosos ganados, y de los caballos de estima; en la tierra de los afamados tejidos de hilo y algodón; en la tierra de las flores naturales, de que los floristas belgas hacen un comercio florido que no se conoce acaso en otro algun país del mundo; y estamos por fin en la *GANTE* de las 90,000 almas, en la *GANTE* de las 26 islas y los 80 puentes, que forman y cruzan sus cuatro rios, el *Escalda*, el *Lys*, el *Lieva* y el *Moesa*, que dan impulso y ayuda á las numerosas fábricas de vapor en que se emplean 30,000 obreros.

Apénas nos posesionámos del hotel, se posesionó de nosotros en clase de *commissionnaire* un respetable flamenco como de 40 á 50 años, alto, moreno, patilludo, serio y formalote; taciturno ademas, y de aquellos de *interrogatio* et *responsio*. Era el vice-versa del de *Brusélas*: conocia bien el pueblo, pero sin duda no le conocia